

### 13. Prisión preventiva

Los franquistas avanzaban por la costa guipuzcoana sin encontrar resistencia, cruzaron el río Deba y continuaron por la carretera hacia Motrico y Ondarroa. Ésa era la línea que los republicanos habían marcado como límite de sus nuevas fronteras, se habían replegado y les esperaban bien pertrechados. Los nacionales pudieron llegar y ocupar el puerto de Ondarroa aunque algunos barrios alejados permanecían en poder de los leales a la República.

Un destacamento llegó a Saturrarán, los militares lo inspeccionaron a conciencia y concluyeron que no era un lugar apropiado para acuartelar tropas; aunque antes lo hubiera hecho el bando contrario. La entrada por la carretera era angosta, entre dos colinas, luego se abría al mar, su única salida. Con solo una compañía pondrían en apuros a un batallón allí acuartelado y si, además, tuvieran una cañonera en la playa lo barrerían. Una ratonera.

Los defectos que tenía el lugar para ocuparlo como cuartel se volvieron virtudes ante la propuesta de instalar allí una cárcel de mujeres; se hacía imperioso habilitar una prisión cuanto antes. Las presas de las zonas nacionales estaban hacinadas en bajos municipales, casas de arbitrios, escuelas... El coste de vigilar tantas cárceles dispersas era insostenible. Según avanzaba la guerra crecía el número de presos: soldados vencidos, vecinos sospechosos, colaboracionistas... Muchos fueron fusilados, *a la*

*metralleta* –condenaban los jueces improvisados a última hora–, otros fueron liberados e incorporados a las filas franquistas. Los prisioneros se amontonaban en plazas de toros, en fincas... Las cárceles estaban sobresaturadas. Saturarán era el lugar idóneo para alojar a las mujeres presas, fácil de custodiar, de difícil acceso, y sobre todo discreto. Bastaba con los edificios existentes y pocos barracones más.

Las antiguas instalaciones hoteleras tenían una buena distribución, aunque estaban destrozadas, los republicanos se habían ocupado de quemar y romper los pocos enseres que tuvieron. Para las presas políticas, colaboracionistas y traidoras a la patria, aquello era demasiado confortable.

El jefe encargado de desescombrar el edificio encontró una caja con el proyecto básico de lo que podría ser el Cinturón de Hierro de Bilbao. Ante la trascendencia del hallazgo lo enviaron a los mandos superiores de la Campaña del Norte, en San Sebastián. Otro proyecto idéntico había sido descubierto en el Gobierno Militar cuando fue también abandonado a la carrera por los republicanos. Concluyeron que correspondían a las monumentales obras que estaban realizando para fortalecer la defensa de la capital vizcaína. Todo un tesoro.

Amalia y otras diez mujeres que ocupaban una celda aparte en la bajera del Casino Kursaal, tenían la valiosa *distinción* de madres. Dos veces al día las voluntarias de la Sección Femenina, encuadradas en el Auxilio Social, les traían a sus bebés para que les dieran el pecho. La Sección Femenina era una organización muy poderosa, era la Falange Española de mujeres; de hecho su fundadora fue Pilar Primo de Rivera, hermanísima del fundador de la Falange José Antonio Primo de Rivera. La base era

el catolicismo más radical y la conducta intachable, su ídolo: Isabel La Católica.

Su labor consistía en apoyar a la rama masculina de la Falange atendiendo a las familias de los caídos en su bando, contactando con los presos, ayudando a niños y a ancianos en la alimentación, ropa y salud en la retaguardia de las zonas conquistadas por los rebeldes, también se ocupaba de la formación y preparación de la mujer española. Una parcela de la Sección Femenina intentaba evitar que los hijos de las republicanas siguieran el camino de las madres, mediante una formación política adecuada en instituciones o en familias de acreditada moral.

La situación de Amalia y de Lucas era dramática pero pudo ser peor, no lo supieron bien. Estaban en precario en las celdas mal habilitadas del Kursaal, casi olvidados aunque al abrigo de la barbarie; difícilmente hubieran sobrevivido en la cárcel de Ondarreta u otra donde los fusilamientos eran diarios. No pudieron detener a su marido, pero ella tenía tanta culpa o más que él por haberle permitido afiliarse y luchar con los comunistas, *enfermos a los que había que extirpar el corazón y los sesos para evitar el contagio*. ¡Cuántos niños de pecho salvaron a sus madres republicanas de ser fusiladas!

El Auxilio Social de la Sección Femenina se volcaba en paliar las penurias de los suyos y sus familias, de sus niños, ancianos y mujeres, pero en algunos casos se les permitió atender a los bebés de las republicanas todavía no condenadas como las prisioneras del antiguo casino.

Pasaron las semanas y Amalia estaba famélica, sus pómulos sobresalían marcando la dentadura, su pelo, antes brillante y fuerte, cambió a fino y lacio; y sentía una agresividad y desconfianza que nunca

había conocido, no comprendía la injusticia que se cernía sobre su hijo. Comía poco, le traían a Lucas dos veces al día y, además, la obligaban a amantar a otro bebé de pocas semanas, probablemente de una mujer franquista fallecida, bajo la mirada inquisidora de una voluntaria del Auxilio Social. No podía durar mucho a ese ritmo, cada día sus pechos estaban más vacíos y caídos.

El anuncio de que les iban a trasladar a otra prisión vino a aliviar su multiplicada función de nodriza aunque le inquietó desconocer su destino; dijeron que no irían lejos pero no concretaron el lugar. Secreto. Por otra parte, no tenían noticias de su familia. Se imaginaba, conociendo a sus padres, que estarían enloquecidos intentando saber de ella y gestionando su puesta en libertad. Temía que Krispín lo supiera e hiciera una locura que los condenara para siempre, su gran amor era muy capaz de derribar las verjas e intentar secuestrarlos, prefería que no se enterara para no comprometerlo, que no se jugara la vida ni la de su hijo.

Un día cuando su madre, Maritxu, fue a la puerta de la cárcel provisional a llevarle el hatillo de comida diario vio, debajo de la silla del cuartelero, el plato que había llevado la víspera y comprendió, con solo fijarse cómo bajaba la mirada el individuo, que jamás habían entregado a su hija lo que ella le preparaba con tanto sacrificio. Volvió apagada. Hubiera dado un sartenazo en la cara al asqueroso tipo del bigote, que siempre miraba a todas las mujeres a los pechos. Lo mataría.

El abuelo Francisco se desorientaba a pasos agigantados, como si su mente no admitiera tanto terror. Había empezado a fumar, cosa que no hacía desde joven, pasaba horas en la cocina llenando de

tabacazo hasta el sabor de las lentejas, cada día más claras. Deambulaba sin sentido por el pasillo recitando *el Padre Nuestro* y volvía, al rato, a sentarse en la misma silla y a fumar: así hasta la noche. Se acostaba temprano y al poco se volvía a levantar, se vestía y recorría el pasillo para acabar sentado en la cocina farfullando oraciones y cánticos religiosos. Una madrugada, sin que nadie lo oyera, salió de casa vestido, con la boina calada y en zapatillas. Lo encontraron flotando boca abajo en el muelle de PYSBE, donde muchos años antes embarcaba para hacer la marea del bacalao en Terranova.

Mentxu, que hasta entonces siempre había estado en segunda fila, que nunca fue ni la lista ni la guapa de casa, que cocinaba regular y tenía poca gracia, según decía su madre a escondidas, tomó las riendas del maltrecho hogar cuya deriva apuntaba al inevitable desastre.

—Ama, vamos a salir de ésta. Amalia y Lucas nos necesitan —dijo a su madre zarandeándola mientras la tomaba cariñosamente de los hombros.

—Lo que tú digas, hija —contestó Maritxu abandonada también a su suerte y entregándole el mando de lo que quedaba de aquella familia.

Así fue cómo se hizo cargo de todas las funciones de la casa, desde la limpieza hasta la cocina, el cuidado de su madre para recomponerla y reintegrarla a sus amigas, misas y paseos, y de la economía de los que quedaban; por cierto, descubrió que Francisco había logrado amasar, no una fortuna, pero suficiente dinero como para vivir holgadamente. Pobre hombre, no pudo gastarlo como hubiera querido en su Galicia natal, discreta y sencillamente, sin alardes.

Ella había escuchado en su casa increíbles historias de cómo su padre, cuando faenaba en aquellas

aguas gélidas de Terranova, era capaz de hacer su trabajo y, además, separar el hígado a los bacalaos. Los colocaba en un barril aparte, también con sal como conservante, y en Pasajes lo vendía a precios desorbitados. Fue durante un par de mareas, pronto la empresa armadora lo incluyó en su programa, lo compraban las industrias químicas para hacer reconstituyentes como el aceite de hígado de bacalao que, decían, tenía propiedades milagrosas. En una ocasión, cuando Maritxu estaba dando una medicina a sus hijas, que debía de saber a rayos a juzgar por la cara de asco que ponían, llegó Francisco y leyó en el frasco: *Aceite de hígado de bacalao*.

—Hostias. Si llego a saberlo os traigo unos cuantos hígados enteros —exclamó y se quedó tranquilo al saber que había ganado dinero curando a más gente que cualquier médico. Se sintió muy orgulloso y lo contaba en las tertulias familiares después de dos o tres orujos blancos de Lugo.

Mentxu creció en responsabilidad, aplomo y buena apariencia. En unos días puso la casa patas arriba, a su madre en marcha y al difunto bien acomodado: en su tumba con flores frescas y en su casa con una foto del día de su boda. Y lo más importante, se interesó por su hermana no yendo a mendigar a la puerta de la cárcel con los *turutas* de turno. Decidió empezar por arriba, iría al Gobierno Militar.

Se vistió elegante para la ocasión: braguero, faja y medias oscuras, enagua, tarlatana y falda de flores con mucho vuelo, sujetador caro y camisa de seda gris azulada sin mangas, un cinturón ancho, zapatos de medio tacón, y con su pelo rubio suelto, aunque ondulado. El bolso colgado del brazo izquierdo doblado, pañuelo de seda anudado al asa, y guantes también grises en la mano. Hizo la prueba en

el autobús irguiéndose con estudiada indiferencia, como había ensayado en el espejo del comedor, y hasta el mismo cobrador se atascó, funcionaba.

—Quiero hablar con el gobernador —planteó con atrevimiento, después de pasar con marcialidad delante de varios soldados en posición *descanso* en la puerta del Gobierno Militar.

De nada sirvieron las negativas; ninguno de los militares que intentaron impedirle el acceso estuvo mal educado. Primero fue el cabo, luego la atendió el sargento y, por último, el alférez secretario del gobernador. Al tipo se le notaba, por sus maneras, que no era un oficial cualquiera, era un civil voluntario incorporado al ejército, tal vez un universitario. Escuchó con esmero la historia, asintiendo en cada pausa, meneando la cabeza cabizbajo en la escena de la injusta detención de Amalia y compungido con la muerte de su padre.

—Veré qué puedo hacer —dijo solícito.

—¿Puedo volver mañana?

—No estaré de guardia —aclaró.

—¿No le importa que le vea en otro sitio, donde sea? —preguntó impaciente y melosa.

Ya había sembrado el interés y la inquietud en un posible aliado. Si supiera que ella era la amante del tal Antxon la mandaría fusilar, por muy atractiva que fuera.

Su novio le había despertado unos instintos que hasta entonces desconocía, se ponía muy caliente de imaginarlo y no pocas noches se masturbaba pensando en él, aunque después de tanto tiempo casi no recordaba su cara pero sí su pasión. Lo fundamental era su hermana y su sobrino, eso lo justificaba todo, así argumentaba al volver a su casa ilusionada con su nuevo enlace: el enemigo amoroso.

